

IV

Pocos días antes de sufrir los exámenes para ser promovidos á oficiales, se nos concedió permiso para estudiar donde quisiéramos. Eramos doscientos del segundo curso, y todos nos diseminamos por el palacio por grupos de cinco ó seis, según nos unía la simpatía, y nos pusimos á trabajar desesperadamente, cada grupo en su cuarto, no suspendiendo la tarea sino para hablar de nuestros exámenes y de nuestro porvenir.

¡Cuánta alegría en aquellas conversaciones y qué previsiones tan risueñas! Después de dos años de encierro, de pronto la libertad, las charreteras y la vuelta al seno de la familia. Cada uno de nosotros, además de la satisfacción, común á todos, de ser promovido á oficial, tenía otra particular. Para uno consistía en eximir de una carga á la familia, que vivía con estrechez á fin detenerle en el colegio, y poder decir de allí á pocos días: «Tengo diez y nueve años y no necesito ya de nadie.» Para otro era el placer de entrar algún día, vestido de gran uniforme, dando fuertes pisadas y arrastrando el sable, en una casa silenciosa y tranquila, donde le esperaba un anciano tío generoso que siempre le había querido y protegido. Para un tercero era la alegría de poder subir, con su despacho en el bolsillo, por una escalera muy conocida, y llamar imperiosamente á una puerta detrás de la cual oiría á los pocos momentos la voz de una jovencita que gritaba: «¡Es él!» quizás una prima de la que se había despedido dos años antes, en presencia de los padres, estimulado con las consabidas palabras: «Ve, estudia, hazte hombre, y luego veremos.» A todos nos parecía vernos rodeados de los niños que nos tocaban el sable, de las muchachas que nos hacían señas, de los ancianos que nos ponían la mano

en el hombro, y de una madre que exclamaba: «¡Qué guapo estás!» y pasábamos todos los trabajos del mundo para librarnos de tanta gente y ponernos otra vez á estudiar, y decíamos entre nosotros: «¡Sí, sí, veremos; mas por ahora dejadnos en paz!»

Después, cada cual según su índole, sus hábitos y sus designios, hablaba de los regimientos, las provincias, las ciudades á las que preferiríamos que nos enviasen. Había quien deseaba el bullicio y la alegría de los grandes carnavales de Milán, y no pensaba más que en teatros, bailes y animadas cenas de amigos. Otro soñaba con un ameno pueblo de Toscana, en la cumbre de una colina, donde poder gozar de una hermosa y apacible primavera, con sus treinta soldados, recogiendo proverbios y canciones de las aldeanas de los contornos. Otro quería que le enviaran á un fuerte solitario de los Alpes, entre peñas y barrancos, para poder reanudar sus estudios con entero recogimiento. Uno prefería la vida aventurera en los bosques de Calabria, otro el espectáculo de una grande y laboriosa ciudad marítima, y un tercero una isleta del mar Tirreno. Recorríamos y nos repartíamos esta Italia cien veces al día como hubiéramos hecho con un jardín de nuestra propiedad, y cada cual ponderaba las maravillas de la parte escogida, y conveníamos en que todas eran hermosas y gratas á su modo. ¡Y después, la guerra! La guerra se debía emprender. Bastaba proferir esta palabra para dejar los libros á un lado y empezar á hablar y hablar, levantando gradualmente la voz y encendiéndonos la cara. Para nosotros la guerra era como una visión sobrehumana en la que se perdía la mente con una especie de embriaguez fantástica; era un lejano horizonte color de rosa, en el cual se divisaban los oscuros contornos de gigantescas montañas, y por sus laderas subían impetuosamente falanges interminables á banderas desplegadas, al son de músicas alegres; y entre los millares de

asaltantes, en los puntos más culminantes, se destacaban nuestras figuras claras y distintas, muy adelantadas á las de los demás, blandiendo el sable, y en las laderas opuestas una espantosa diseminación de soldados, caballos y cañones hacia un abismo ignorado, entre tinieblas. Una medalla al valor militar. ¿Y quién no la habría merecido? ¡Perder la batalla! ¿Acaso los italianos podían perderla? ¡Morir! ¿Qué importaba morir? ¿Y nosotros podíamos morir á los diez y nueve años? ¿Quién sabe cuántas extrañas y maravillosas aventuras nos esperaban? ¿Quién sabe cuántas cosas habríamos visto? Quizás una expedición lejana, una guerra en Oriente, porque aún no había terminado la cuestión de Oriente: ¿quién sabe? Y cruzábamos con la imaginación mares y montes, y veíamos grandes aprestos de ejércitos y escuadras, y nos abrasábamos de impaciencia, y decíamos para nuestros adentros: «¡Esperad, esperad unos cuantos días para que nos examinemos; también queremos ir nosotros!»

Y por último nos examinamos, obtuvimos el nombramiento de oficiales, y una hermosa mañana del mes de julio nos abrieron las puertas del palacio ducal y nos dijeron: «¡A vuestro destino!» Y nosotros, lanzando todos á la vez un grito penetrante, salimos fuera, y nos diseminamos, como bandada de pájaros, por todos los puntos de Italia.

V

¿Y ahora?

Han transcurrido seis años, solamente seis años, y ya sería cosa de escribir una novela larga, variada y singular, si quisiéramos reunir y enlazar las vicisitudes más notables ocurridas en la vida de aquellos doscientos compañeros. Yo, que en este espacio de tiempo tuve muchas, y á la vez ocasión de propor-

cionarme noticias de los demás, suelo recordarlas á menudo, reavivar sus imágenes, é interrogarlos uno por uno; y cuanto veo y oigo despierta siempre en mi alma un sentimiento de maravilla mezclado de melancolía. Y helos aquí todos en tropel.

Los que se ofrecen con preferencia á mi vista son ciertos hombres morenos y barbudos, de hombros robustos, que por el momento no recuerdo haber conocido. Y sin embargo me sonríen, y son á la verdad aquellos jovencillos delgados y blancos, que parecían doncellas. Les pregunto: «¿Sois vosotros?» y me contestan: «Sí;» y doy un paso atrás, sorprendido de aquel sí sonoro y profundo en el cual no reconozco ya la antigua voz infantil. ¿Y esos otros? Sus facciones no han cambiado, las formas siguen siendo tan esbeltas y robustas como antes, pero la sonrisa ha desaparecido y los ojos ya no brillan con tanta viveza. «¿Qué os ha sucedido?, pregunto. — ¿A nosotros? Nada, me responden. — ¡Oh! Habría preferido que os hubiera sucedido algo, para no ver que el tiempo, en tan breve espacio, pudiera transformar un rostro de ese modo.» He ahí otros.

Dios mío! ¡También he de ver eso! Una, dos, tres, cinco, ¿será posible? Dejadme mirar mejor: sí, no hay duda; ¡canas! ¡Canas á los veintisiete años! Decid, ¿qué ha pasado? Se encogen de hombros y siguen adelante. Luego veo una larga fila de amigos míos, y muchos de ellos, de los más aturdidos, quién con una criatura en brazos, quién con una ó con dos de la mano. Pero ¿se ha casado ese? ¿Y ese otro es padre de familia? ¡Quién lo hubiera creído! Llegan otros: algunos, cabizbajos y con los ojos encendidos, me hacen una seña; llevan una cinta negra rodeada al brazo. Otros pasan con la cabeza alta, dirigiendo á su alrededor una mirada radiante y tocándose el pecho con el dedo. ¡Ah! Es la medalla del valor militar: ¡qué afortunados! Acércanse otros á paso lento, pálidos, flacos; apenas se les co-

noce. ¿Qué ha sucedido? ¡Ay! En aquellos brazos y en aquellas piernas hercúleas que ostentaban con vanidad juvenil en las orillas del Pánaro; en aquellos miembros lozanos y tornea-



Se introdujeron los escalpelos de los cirujanos en busca de las balas austriacas

dos, que parecía no deber perder el color ni marchitarse nunca; en aquellos cuerpos que se hubieran podido tomar por modelo para representar la salud, la frescura y la fuerza, se introdujeron los escalpelos de los cirujanos en busca de las balas austriacas, y de las carnes laceradas brotaron oleadas de sangre, y cayeron los huesos cortados. ¡Pobres amigos! Sin embargo, se

han quedado entre nosotros para recoger en el afecto y en la gratitud común el premio de sus sacrificios. «Pero ¿dónde está Fulano? — Ha muerto en una marcha á Lombardía. — ¿Y Zutano? — Muerto de un metrallazo en Monte Croce. — ¿Y aquel otro amigo? — Muerto de un balazo en el hospital de Verona. — ¿Y mi vecino de banco? — Muerto del cólera en Sicilia. — ¡Oh, basta! No me digáis nada más.»

Han pasado todos, se alejan, y yo me lanzo con la imaginación á la parte opuesta, por el camino que han recorrido, á fin de buscar las huellas de su paso, y ¡cuántas encuentro y cuán diferentes! Aquí libros y mapas esparcidos por el suelo, con los conceptos de la batalla trazados en medio, y versos llenos de dibujos; una mesilla derribada y un cabo de vela humeante todavía, indicios de una vigilia estudiosa. Allí sillas destrozadas, fragmentos de vasos y pedazos de vestidos de mujer esparcidos. Más allá, en un espacio de terreno desnudo, dos sables ensangrentados, y á una y otra parte muchas huellas profundas y en medio otra mayor, como del cuerpo de un hombre caído. Aquí, en el polvo, un tapete verde rasgado y alrededor naipes y dados. Más allá, entre la hierba, un billete perfumado y un ramillete de violetas marchitas. En otro lado una cruz con la inscripción: «A mi madre.» Y más allá, más allá, otros libros esparcidos, otros billetes, otros naipes, divisas militares, retratos de mujeres, cuentas de sastres, letras, sables, flores, sangre. ¡Oh! ¡Qué vasta tela teje la mente con esos pocos hilos sueltos y rotos! ¡Cuántos afectos, cuántos dolores, cuántas luchas, cuántas locuras, cuántas desdichas se vislumbran y se comprenden! No puede negarse que también se ven virtudes y actos generosos; pero ¡cuánto despilfarro de fuerza y de porvenir!

Y aun cuando no se hubiese despilfarrado nada, aun cuando en estos seis años no se hubiera quitado ningún día siquiera

una hora al trabajo, aun cuando no hubiésemos abierto el corazón á otros afectos sino á aquellos que elevan la mente y serenán la vida, siempre habremos perdido una grande y querida ilusión, la cual, al desvanecerse, se ha llevado consigo una parte de nuestra fuerza y de nuestro porvenir: la ilusión de aquel lejano horizonte de color de rosa en el cual se divisaban los oscuros contornos de gigantescas montañas y falanges interminables lanzadas al asalto con banderas desplegadas, al son de alegres músicas.... ¡Una guerra perdida!

¿Y si no hubiésemos perdido esta ilusión, no habríamos perdido otra cosa?

VI

Yo pienso en mí mismo y digo: — ¡Qué distancia media entre los diez y nueve y los veinticinco años! Entonces, dondequiera que fuese, era el más joven, pues los más jóvenes que yo aún no asomaban la cara entre los hombres; y jamás veía á mi alrededor alguno del que no se pudiera decir que me envidiaba algo, juventud, alegría, esperanzas. Y ahora, adonde voy me veo al lado de jovencitos que me miran y me hablan con esa reserva respetuosa que se tiene con los hermanos mayores, y conversando con ellos conozco que debo hacer un esfuerzo para dar á mi conversación una jovialidad que corresponda á la suya, y no me sé dar sosiego, y los miro y me pregunto: «¿De dónde han salido éstos?» Y el otro día, señalando á un amigo una hija suya de seis años, le dije por broma: «¿Quién sabe si me casaré con ella?» Y él me contestó: «No, señor, es usted demasiado viejo.» Y yo, sorprendido, me callé, me puse á contar por los dedos, y repliqué melancólicamente: «Es verdad.» A los diez y nueve años, no veía niña de aquella edad de la que no pudiese

decir: «Será mi mujer.» La generación que seguía era aún toda para mí; ahora para mucha gente estoy ya demasiado avanzado en el camino de la vida. Y el porvenir, que entonces se me aparecía como algo vago y luciente, en donde mi fantasía podía trazar las cosas más bellas y más queridas, sin que la razón encontrase nunca nada que objetar, empieza ahora á delinearse, á teñirse de colores, á tomar forma, y adivino á poca diferencia lo que será; veo mi camino trazado, y mi meta distinta, y ¡adiós grandezas y maravillas! ¿Y los hombres? ¡Buen Dios! Yo no soy desconfiado por naturaleza, no me inclino á ver el mal con preferencia al bien en las cosas de este mundo; al contrario, en mi modesta esfera no tengo más que dar gracias á todos por todo, y á menudo me indispongo con algún amigo á quien digo riendo: «Amo al género humano;» y me contesta: «Aguarda, que también te llegará tu hora.» Y sin embargo, ¡cuánto he perdido ya de ese confiado abandono de las amistades de diez y nueve años, de ese sentimiento de admiración, que se distendía como un muelle al más leve contacto, hacia todos los hombres de los cuales oía ponderar algún mérito, cualquiera que ese hombre fuese y cualquiera también quien le encomiase! Dos, tres desengaños han bastado para contener por siempre el muelle, y ahora me pregunto: «¿Será verdad?» y la duda me vuelve al cuerpo las calurosas é ingenuas palabras de afecto que en otro tiempo brotaban de mis labios á pesar mío. Muchos libros, que me hacían derramar lágrimas, no me las hacen verter ya; al leer versos ya no me tiembla la voz como antes; no río ya con aquella risa irresistible y sonora que algún día repercutía en las habitaciones más apartadas de mi casa. Y cuando me miro al espejo, ¿es ilusión mía ó realidad? Noto que en mi cara hay algo que no tenía á los diez y nueve años, un no sé qué en los ojos, en la frente, en los labios, que no aparece en los otros, pe-

ro que yo veo y me molesta. Y recuerdo las palabras de Leopardi: *A los veinticinco años comienza á marchitarse la flor de*



Y cuando me miro al espejo...

la juventud. ¿Pues qué? ¿Yo me marchito? ¿Estoy ya en el declive de la vida? ¿He andado ya tanto camino? ¡Ah, sí! De la Escuela de Módena han salido ya otros mil oficiales más jóvenes que yo; los oigo á mis espaldas, que murmuran, me empu-

jan y me dicen: «¡Adelante!» ¡Esto es un horror! Dejadme respirar, deteneos un minuto: ¿qué necesidad hay de devorar el camino? Quiero permanecer aquí, inmóvil, firme como una columna; ¡atrás todos! Pero el terreno está inclinado y liso, y el pie resbala y no sabe dónde afirmarse. ¡Compañeros, amigos de los diez y nueve años! Venid, apretémonos, aferrémonos unos á otros, no nos dejemos empujar, resistamos. ¡Maldición! ¡Falta el terreno á mis plantas!

VII

Pero ¿qué? Son tétricos ensueños de días lluviosos; asoma el sol y el alma se serena con el cielo. Y al breve desaliento sucede siempre un estado de ánimo, en virtud del cual me parece tan insensato y tan cobarde el alarmarse por una simple alteración de la cara, y echar de menos la loca alegría de la primera juventud, y querer rebelarse con un arranque de rencor despechado contra las leyes de la naturaleza, que me avergüenzo, me sacudo, me yergo con energía, recobro mi fe, mis esperanzas, mis propósitos, y me entrego de nuevo al trabajo con una resolución llena de arrogancia y de júbilo. Y en tales momentos me siento bastante fuerte para esperar con la frente serena los treinta años, los desengaños, las canas, los dolores, los achaques, la vejez, con los ojos de la mente fijos ante mí, lejos, en un punto luminoso que me parece que va agrandándose á medida que ando. Y sigo adelante con más valor, y á un enjambre de gente embriagada y clamorosa que me dice: «¡Con nosotros!» le contesto orgullosamente: «¡No!» y á una muchedumbre de jóvenes melancólicos que me dicen bajando la cabeza: «¡Quizás no sea verdad!» le contesto sin apartar los ojos de aquel punto, con voz alegre y entusiasta: «¡No!» y á una multitud de hom-

bres graves y soberbios que tocándome y enseñándome sus papeles y sus libros me dicen con sonrisa de compasión y de desdén: «¡Es un sueño!» les respondo siempre mirando allí, con grito que me sale del fondo del alma, como si viese aparecer ante mí una persona difunta: «¡No!» Que vengan en tal momento á decirme que he de envejecer y morir: ¿qué me importa? ¡Trabajo, creo, espero!

VIII

Y á la mayor parte de mis antiguos compañeros les ha sucedido y sucede lo mismo. Tienen las caras más serias, ó como Leopardi quiere que se diga, más tristes, y con las caras se han vuelto serias también las almas. He hablado de los cambios que me lastimaban, pero los hay asimismo que me consuelan. Encuentro alguno de mis camaradas, de aquellos que tenían menos juicio y menos fundamento, y me maravillo de oírlos hablar como hablan de patria, de trabajo, de deberes que cumplir, de porvenir que preparar. Se ha producido en los ánimos un trastorno general, y quizás en virtud de muchos casos ocurridos en estos pocos años, además de general, precoz. En algunos una secreta combinación, en otros el cuidado de la familia, en muchos la saciedad de la vida disipada, en no pocos una sincera y espontánea pasión por los estudios, surgen de improviso en medio del aburrimiento de los ocios de la vida de guarnición; han reunido las vagas ideas y recogido con un objeto determinado las fuerzas dispersas; han producido la costumbre de la reflexión y encaminado las mentes hacia los grandes problemas de la vida; han dado á todos un porqué de esta vida y enseñado el camino que debían recorrer, y les han dejado sin tiempo para echar de menos inútilmente el pasado.